

NUESTRA HISTORIA

GACETA SOBRE LA HISTORIA, LOS SOCIOS, LOS ACONTECIMIENTOS, LA VIDA SOCIAL, LAS ANÉCDOTAS, EL EDIFICIO, LAS ACTIVIDADES...

“SOMOS HOY, PORQUE ELLOS FUERON ANTES”

(Eduardo Marquina)

SOCIOS ILUSTRES

Pedro Rodríguez-Ponga y Ruíz de Salazar

En su Centenario (5 de julio de 1913-16 de diciembre de 2012)

El pasado mes de diciembre don Pedro Rodríguez-Ponga y Ruíz de Salazar (Perico Ponga para los más allegados) atravesó finalmente ese *poco profundo aunque calumniado arroyo*, que es la muerte, en palabras de Gabriel Marcel. Dejó una gran herencia en las personas de sus allegados; Sol, su esposa durante 64 años, sus 10 hijos, 25 nietos, 5 bisnietos y sus innumerables amigos.

Durante sus exequias recordábamos cómo procuraba siempre acompañar en estos trances a todos sus conocidos, yendo personalmente a entierros o funerales por entender que era en esos tristes momentos cuando la mera presencia de uno, junto con su oración, podía mejor acompañar y reconfortar.

Del largo *Currículo* construido en su casi centenaria existencia cabe destacar su doctorado en Derecho por la Universidad de Bolonia, haber sido diplomático de carrera (Ministro plenipotenciario que negoció la importación del trigo argentino en la época de más hambruna de la posguerra), Agente de Cambio y Bolsa (Síndico Presidente de la Bolsa de Madrid entre 1965 y 1977 y Presidente de la Federación Mundial de Bolsas) y se debe subrayar su licenciatura en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid; carrera que cursó una vez jubilado, asistiendo asiduamente a clase y generando divertidas anécdotas por ser reiteradamente identificado como un catedrático foráneo por alumnos, bedeles y profesores.

Así mismo fue procurador en Cortes, breve incursión en el mundo parlamentario que ha sido continuada por uno de sus hijos, diputado en el



Congreso en dos legislaturas. Otros han seguido sus pasos en el mundo del derecho, la diplomacia o la economía.

A todo ello habría que añadir la multitud de condecoraciones nacionales y extranjeras que le fueron concedidas, de entre las cuales destacan las Grandes Cruces del Mérito Civil, de Isabel la Católica y del 2 de Mayo. Pero de todas ellas quizá la condecoración que con más ilusión recibió fue la Gran Cruz de la Orden del Papa San Silvestre, concedida por el Beato Juan Pablo II por sus trabajos en pro de la Iglesia de Madrid, con la que colaboró durante años con sus estudios sobre la *Comunidad Cristiana*

de Bienes de la Comisión de Caritas y en la proposición de medidas para la financiación autónoma de la Diócesis.

Porque Perico Ponga estaba muy comprometido con la doctrina social de la iglesia. Muy pocos conocían la espléndida labor que de forma callada, pero persistente, realizaba a favor de los más necesitados. Valgan unos pocos ejemplos a título de muestra:

Creía firmemente en el derecho de todo el mundo a tener una vivienda digna y consideraba que este era consustancial a su condición humana. Por ello durante muchos años y a lo largo de su relación con el jesuita Padre Llanos repartía más que generosos donativos en el Pozo del Tío Raimundo para lograr que muchas familias de esa barriada pudieran adquirir su casa. Lo que más le enternecía era la emoción, no con la que recibían sus generosos donativos monetarios, sino la que les producía el detalle adicional de dejar siempre unos bombones para los hijos. En una reciente biografía de este controvertido y admirado jesuita (“Azul y rojo; José María de Llanos; Pedro Miguel Lamet-La Esfera de los Libros, Madrid 2013) el propio P.Llanos cita entre los asistentes a un entierro “de aquellos” en el Pozo a “Rodríguez Ponga, síndico de la Bolsa –fiel aún todavía en esto de ayudar”... —.

Sobre los bombones y la humanidad de Perico Ponga, Jesús María Zaragoza Elgorriaga, el 12 de marzo de 1997 en “El País” con motivo del cierre de su famosa “Bombonería Juncal” de la calle Recoletos, recordaba “la fidelidad de un ex Presidente de la Bolsa que todos los días encargaba pequeños paquetitos para regalos, todos ellos destinados a barrios muy pobres de esos que se te cae el alma a los pies cuando los

SOCIOS ILUSTRES

pisas...". Tras mucho insistir a don Pedro reconoció ser él quien trataba de endulzar la vida de los más cercanos, como sin duda consideraba a los desfavorecidos, aduciendo que "a todo el mundo le gustan las cosas buenas"... Nada humano le era ajeno.

Cuento con el permiso de Julio, su peluquero habitual y del Casino de Madrid, para narrar esta muestra de cómo Perico Ponga se interesaba por su prójimo y se percataba de sus necesidades con esa exquisita sensibilidad que tenía: "con motivo de un accidente, que me tuvo apartado de mi oficio durante meses, D. Pedro cayó en la cuenta de que durante los mismos yo tendría que interrumpir mi labor profesional y por ello dejar de percibir ingresos, por lo que de manera discreta me hizo llegar a mi domicilio un cheque con la cantidad que él generosamente calculó iba a perder durante ese período".

Del interés por los demás y de sus iniciativas para ayudarles; puedo hablar en primera persona. Como instrumento para el estudio de sus hijos instaló en sus respectivas habitaciones una pizarra. Preguntándome en una ocasión de si disponía de una, le faltó tiempo para enviarme una magnífica, con sus tizas de colores y correspondiente borrador. Pizarra que, 40 años más tarde, aún conservo en casa de mi madre.

Porque no ahorra esfuerzos en ayudar a los demás ni miraba su estrato social, sino tan sólo su necesidad. Recuerdo una visita que me realizó hace ya unos años en mi despacho, a donde llegó apoyándose en 2 muletas (se negó a que yo me desplazara a verle) a ver si podía ayudar en el desarrollo profesional de una persona que estaba en el inicio de una nueva actividad profesional, instalándose como agente comercial... "Ya ves, a mi edad ofreciendo enciclopedias y por cuenta ajena" me contó con socarronería.

En otras ocasiones, me consta, ofrecía dinero, sin aval alguno, para iniciar un proyecto o negocio con el que se pudieran cubrir las necesidades de trabajo de conocidos.

Eso de no ahorrar esfuerzos para alcanzar objetivos lo mostraba años más tarde cuando rehusaba la ayuda que se le ofrecía para levantarse de un sillón, porque, aducía, "si dejo me ayudéis ahora a levantarme, luego no podré hacerlo solo".



De origen asturiano (concejo de Ponga) se sentía muy implicado con la ciudad de Madrid que le vio nacer. Con motivo del V Centenario del descubrimiento de América encabezó, desde la por él creada "Asociación de Amigos de la Gran Vía", un movimiento popular para dar el nombre de "Gran Vía del 12 de Octubre" a esta importante calle madrileña. Creo que está ha sido una de sus pocas iniciativas cuyo éxito aún no se ha alcanzado.

Viejo caballero español, no le recuerdo sin chaqueta ni sombrero. Siempre portaba un sencillo bolígrafo "BIC" azul ("un universitario debe tener siempre un bolígrafo a mano") y una carpeta o periódico en la mano para poder cubrirse del sol que sin duda molestaba frecuentemente a su blanca piel o a sus ojos de intensísimo azul.

En los últimos años inició el dictado de lo que pudieran ser sus memorias. Copia de algún capítulo me entregó (lo conservo a disposición de su familia) para recabar mis impresiones (otro pequeño detalle de su gran humildad). Recuerdo que en una de mis últimas conversaciones con él sobre las mismas, rememoraba las penalidades y el hambre que durante la Guerra Civil pasaron, refugiados en la embajada de Noruega en Madrid; y cómo aprovechaba aquel tiempo aprendiendo idiomas sólo con la ayuda de diccionarios. Tan bien los aprendió, que nada más acabar la con-

tienda sacó el título de intérprete de sueco, holandés, inglés, alemán y francés en el Ministerio de Exteriores.

De niños su hijo Rafael y yo "presumíamos" en el colegio por ser nuestros padres los más mayores de la clase. Ambos habían nacido en 1913, pero el mío ganaba por unos meses en esa infantil competición. Luego la Providencia hizo que mi padre se adelantara más de 31 años en gozar la presencia del Señor, de la cual sin duda ahora disfrutaban los dos.

Porque quien firma esta breve semblanza se precia, con orgullo, de haberse sentido muy querido por Perico Ponga. De sus muestras de cariño "paternal" podría contar innumerables ejemplos, todos ellos llenos de afabilidad, humanidad y discreción. Su interés por mi formación intelectual, narrado antes con la anécdota de la pizarra, podría completarlo con la de la entrega de un magnífico diccionario de la Real Academia de la Lengua al finalizar el Bachillerato, o precisando de forma un tanto irónica cuando le felicité por una de sus condecoraciones recibidas que lo que yo había llamado "medalla" era en realidad una "Gran Cruz".

Pero de entre todas ellas quiero destacar las frecuentísimas conversaciones con mi mujer, interesándose por su salud en un determinado momento. La llamaba personalmente entendiendo que era a ella a quien pudiera reconfortar con su atención. Esta sensibilidad, sin duda, la puso en práctica en su consulta de Psicología o como colaborador del Profesor Enrique Rojas. Estoy seguro de que su licenciatura en Psicología era una mera profundización académica de sus dotes naturales de psicólogo en el más amplio y humano sentido del término. Esto quizás lo heredó de su padre que fue uno de los primeros médicos psiquiatras de España.

Parafraseando la manera con la que Fedón definió a Sócrates (según Platón, s. IV a de C) podemos decir que para muchos don Pedro ha sido uno de los mejores mortales que hemos conocido en nuestro tiempo y además de los más sabios y justos de los hombres. Esos, añadido, que son capaces de demostrarnos que la vida solo tiene valor por su contenido para los demás.

Jacobo Olalla Marañón